

Alberto Reig Tapia

## **Cultura política y vía pacífica a la democracia. El miedo y el olvido en la transición española**

Que la vía violenta como solución de conflictos sociales que abrió la sublevación militar y la Guerra Civil que provocó no sirvieron absolutamente para nada positivo y que constituyen nuestro más hondo drama del siglo xx es un hecho historiográfico suficientemente establecido<sup>1</sup>. Que la dictadura que le siguió fue en su conjunto, aparte de inhumana, un régimen político socialmente inútil que detuvo el reloj de la historia para un par de generaciones es también algo igualmente aceptado por los historiadores profesionales en su conjunto<sup>2</sup>, excepción hecha del neofranquismo historiográfico emergente de autores como Pío Moa y las plataformas mediáticas que le exhiben como bandera de una necesaria renovación historiográfica tan inexistente como innecesaria, que viene a decirnos a estas alturas, como si no hubiera sido dicho nunca antes, que la guerra fue inevitable y que, en definitiva, Franco y su régimen, fueron un mal menor y, que de no haber sido por él, España se habría visto condenada al *gulag* soviético (Moa 2004). Planteamientos epistemológicos no precisamente novedosos, pero que nos remiten inevitablemente a una breve consideración sobre la cultura política de los españoles.

Tras la Guerra Civil la fractura española era aún más profunda que antes de su inicio tras una pérdida demográfica total de 600.000 personas. De ellas las víctimas de la represión franquista, según los últimos estudios realizados hasta la fecha, se aproximarían a 150.000, a lo que habría que añadir como cuestión no menor el miedo padecido y el profundo silencio que sobre esta cuestión se generó en toda España<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase, a modo de balance y síntesis general de la Guerra Civil, dentro de la ingente bibliografía disponible al respecto, Tuñón de Lara *et al.* (1985), Malefakis (1996) y Moradiellos (2004).

<sup>2</sup> Puede verse, igualmente, para el franquismo, Jover Zamora (1996), García Delgado (2000), Moradiellos (2000) y Gracia García/Ruiz Carnicer (2001).

<sup>3</sup> Véase Casanova (2002), Sevillano Calero (2004) y Núñez Díaz-Balart (2004).

Con tales antecedentes y consecuentes la reconciliación como paso previo imprescindible para la restauración democrática parecía más un imposible metafísico que una opción inevitable de realismo político. Y, sin embargo, se empezó a trabajar relativamente pronto en esa dirección empezando por la política de reconciliación nacional iniciada por el propio Partido Comunista de España en 1956 (Ibárruri *et al.* 1960). Los antecedentes, pues, de «la vía pacífica a la democracia», son muy antiguos e iniciaron su lento discurrir desde las filas de los propios vencidos en la Guerra Civil.

Evidentemente la España vencedora no estaba dispuesta a recoger la mano que le tendía la más genuina representación del mal de la España derrotada. La victoria no sólo había sido total sino que debía ser definitiva. Hubo que esperar a que los hijos de vencedores y vencidos compartieran las mismas pancartas y lanzaran conjuntamente el grito unánime de «Nunca más» y «Democracia, sí; dictadura, no», para que dicha vía pacífica a la democracia empezara a abrirse paso de verdad entre los españoles y se asentara firmemente en su cultura política con visos aparentes de permanencia histórica (Lizcano 1981). Pero tales intentos de una reducida elite fueron, en su origen, muy minoritarios (clase obrera y estudiantes) y solo en los últimos años de los sesenta e inicios de los setenta comenzaron a extenderse por toda la sociedad española (Maravall 1978).

La transición pacífica a la democracia no se entiende sin el miedo que la dictadura insufló en la sociedad española sobre la base de una represión política que se mantuvo muy activa hasta el mismo final del régimen. La vía pacífica fue posible por el profundo temor a una imposible nueva guerra civil que atenazaba a las generaciones mayores. Pero sobre todo, tal y como concluyen los investigadores que han estudiado el papel que ha desempeñado la memoria histórica en la transición, para muchos fue «el recurso al silencio» y «ciertas renunciaciones que acabaron convirtiéndose en frustraciones» lo que permitió la consolidación pacífica de una democracia en España (Aguilar Fernández 1996: 361). Todo lo cual fue en perjuicio de la necesaria y justa recuperación de la memoria democrática, lo que nos lleva inevitablemente a la compleja cuestión de la historia y la memoria de la Guerra Civil (Reig Tapia 2000).

Nuestra memoria histórica no puede ser otra cosa que la reparación de un pasado traumático; es decir, un asunto que apenas atañe a la justicia y a la política, mientras que la historia es la reconstrucción e

interpretación objetiva de ese pasado y sólo atañe a los historiadores. El papel que desempeñan ambas en los procesos de transición democrática es de un gran interés y son moneda común en los debates académicos de los países de nuestro entorno cultural, aunque en España están apenas iniciándose por razones tanto políticas como estrictamente científicas<sup>4</sup>.

### **La cultura política y la transición**

La vía pacífica a la democracia fue posible porque ya había una cultura política democrática previa latente en la España de la pretransición. Sin ella no habría sido posible la vía pacífica a la democracia que permitió mediante el acuerdo, el pacto y la negociación consensuar la reforma política que permitió transitar de una dictadura a una democracia<sup>5</sup>. Pero, al mismo tiempo, también parece claro que el conjunto de las fuerzas políticas democráticas no fueron lo suficientemente fuertes ni dicha cultura política era lo suficientemente sólida como para haber podido ajustar las cuentas si no históricas, que es cuestión que compete apenas a la historiografía, sí morales y políticas que han quedado pendientes con la dictadura. Parece llegada la hora de poder reivindicar abiertamente la memoria democrática cercenada, silenciada y denigrada durante la larga noche franquista.

Ciertamente, el franquismo se alimentó de una serie de valores, creencias e ideas políticas, y toda cultura se asienta en determinados sentimientos, fuertemente arraigados, a los que se pretende dar validez general a través de una determinada ideología. Su rasgo más definitorio venía dado por su férrea beligerancia contra los valores inherentes al liberalismo y a la ideología democrática, caracterizados por la defensa de la tolerancia y la reivindicación del pluralismo, origen y excusa principal de todos los males de la patria según sus ideólogos. Es evidente

<sup>4</sup> Así se puso de manifiesto en las jornadas «Movimientos sociales por la Memoria en España. Trayectoria, balance y perspectivas», celebradas del 19 al 20 de mayo en la Universidad Complutense de Madrid en el seno de la cátedra «Memoria Histórica del siglo xx», recientemente creada, y que dirige el profesor Julio Aróstegui. Las ponencias presentadas con esta ocasión por el profesor Juan J. Carreras, «¿Por qué hablamos de Memoria cuando queremos decir Historia?», y del profesor Juan Sisinio Pérez Garzón, «Memoria y políticas de la Memoria», así como el debate que se suscitó a continuación ponen bien de manifiesto las contradicciones y confusiones conceptuales que allí se hicieron patentes incluso entre los propios interesados en la materia.

<sup>5</sup> Véase López Pina/Aranguren (1976) y López Pintor (1982 y 1987).

que tal contraideología, el conjunto de los planteamientos doctrinarios y de las actitudes autocráticas del franquismo, era la propia de todo totalitarismo tanto en su fase de gestación y desarrollo como en su estado más acabado y completo<sup>6</sup>. En consecuencia, bien puede decirse que bajo el franquismo no hubo cultura política sino adoctrinamiento político y legitimación ideológica del caudillismo franquista que, a pesar de los años transcurridos, no pudo acabar con los vestigios de la cultura política incipientemente propiciada por la República y segada de cuajo tras la Guerra Civil.

Resultó evidente que no puede cambiarse una cultura política de manera radical ni cercenar por completo la memoria colectiva. Los regímenes fascistas o comunistas lo intentaron, pero con nulo éxito. Se pueden abolir las leyes vigentes y crear otras de nueva planta e incluso forzar a su acatamiento, pero lo que no puede alterarse es la estructura básica de la cultura subyacente para cuya transformación es necesario el paso de varias generaciones. Las opiniones, valores, actitudes y expectativas de los ciudadanos están firmemente arraigadas y «no se modifican instantáneamente por obra y gracia de la creación de un nuevo sistema político» (Botella 1997: 36).

No lo consiguieron los regímenes comunistas, que ni siquiera trataron, de acuerdo con los ideales revolucionarios que propugnaban, crear de verdad el «hombre nuevo», ni tampoco lo consiguió el franquismo con su pretensión de configurar un nuevo arquetipo español, mitad monje, mitad soldado. Las elites políticas sobrevivientes a la muerte del dictador debieron de adaptarse rápidamente a los viejos valores democráticos que habían pretendido erradicar para siempre. Si la mayor parte de los analistas hubieran tenido esto claro no se habrían sorprendido tanto de los resultados electorales de las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977 que reprodujeron *grosso modo* el mapa electoral de 1936, matizado por el moderantismo recurrente que se deriva del desarrollo económico y que constituye uno de los elementos principales de la cultura política de los españoles desde los inicios de la transición<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Véase Ramírez (1978), Reig Tapia (1996) y Preston (2002).

<sup>7</sup> Una macroencuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (2.486 entrevistados) realizada entre el 9 y el 14 de diciembre de 2000 en 168 municipios y 46 provincias así lo pone de manifiesto una vez más (cis 2000).

Los españoles llegamos tarde a casi todo como consecuencia de la Guerra Civil misma y de una dictadura tan prolongada. Al franquismo no le interesaba en absoluto proporcionar a sus forzados súbditos una cultura política que les hiciera tomar conciencia de ciudadanos. Efectivamente, aunque el régimen habilitó a unos cuantos falangistas para que se ganaran unas pesetas extras predicando en las aulas franquistas una asignatura llamada «Formación del Espíritu Nacional» con vistas al adoctrinamiento político, estaba claro que la «revolución que España tiene pendiente», eslogan propagandístico reiterado como un solo de trombón por ex falangistas convertidos a la fe del Nuevo Estado, quedaba relegada *ad calendas graecas* pues, careciendo de la menor apoyatura sociológica real y más tras la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, no tenía el menor futuro en la pragmática y acomodaticia España de Franco.

En definitiva, el pretendido adoctrinamiento político franquista fracasó estrepitosamente. Aquellos que lo sufrieron en la escuela aún tuvieron tiempo de denunciarlo con un humor aún más corrosivo que los más contundentes estudios empíricos (Sopeña Monsalve 1994). Y por lo que respecta a la universidad aún más. Cuando el régimen franquista creó en la inmediata posguerra (1944) la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, el entonces ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, en su discurso inaugural declaraba su voluntad de «formar hombres políticos en el sano sentido de la palabra» y que la sección de Ciencias Políticas miraba «con especial interés a la formación de quienes pueden desempeñar cargos directivos en la política y la Administración»<sup>8</sup>. Teniendo en cuenta que dicha Facultad se convirtió en uno de los principales viveros de universitarios opositores al régimen, promoción tras promoción, bien puede decirse ante los resultados obtenidos que, el intento de crear una elite política para la Administración que comulgara con los ideales políticos del régimen y se pusiera a su incondicional servicio, se saldó con el más estrepitoso de los fracasos a la vista de las oleadas de «rojos» con formación política universitaria que, desde entonces, no dejó de lanzar al mercado laboral dicha Facultad en la que tuvimos el honor de socializarnos en cultura democrática algunos españoles de mi generación.

<sup>8</sup> Cit. por Pastor (1994: xi).

Así pues el mantenimiento de la ortodoxia política franquista y de una cultura política de confrontación –vencedores y vencidos, héroes y asesinos, caballeros y delincuentes– no tenía el menor futuro y mucho menos a medida que la sociedad española se iba desarrollando y las desigualdades económicas y sociales de clase se iban mitigando gracias al aumento de las clases medias españolas.

Sin embargo, desde la perspectiva de la cultura política, a nuestro juicio, aún no se ha liquidado notarialmente la herencia franquista a plena satisfacción no ya de sus principales damnificados políticos sino de cualquier demócrata coherente, como por evidentes razones de salubridad pública hubiera sido necesario de acuerdo con los parámetros de un régimen democrático digno de tal nombre. Nos referimos obviamente a la herencia que puede ser políticamente sustanciada, pues la historia es la que es sin que nadie pueda modificarla en función de sus gustos e intereses. Al mismo tiempo hay que enfatizar para evitar malentendidos que la alusión a la negativa herencia franquista no implica la descalificación del proceso de transición español por no haber sido capaz de liquidarla satisfactoriamente.

### **La vía pacífica a la democracia**

El balance general de la transición nos parece positivo. Construir algo completamente nuevo desde cero suele ser una quimera como ponen de manifiesto los procesos revolucionarios que en el mundo han sido. El adanismo, especialmente en política, resulta siempre peligroso. Por tanto la opción reformista frente a la rupturista fue más que probablemente un acierto haciendo de la necesidad virtud, pero, a nuestro juicio, los Gobiernos de izquierda han sido en exceso tolerantes y comprensivos con todo lo que ha significado el franquismo para España en aras de no romper el santo consenso que hizo posible la no menos santa transición. Si bien es cierto que, quizás, cualquier otra salida habría fracasado y la senda que se siguió fue entonces inevitable y constituyó uno de los peajes insoslayables que hubo que pagar, entre otras determinantes razones porque la izquierda no tenía suficiente fuerza parlamentaria para haber seguido otro camino. Si ello fue necesario para que la transición política a la democracia pudiera culminar satisfactoriamente sus objetivos sin que, como en tantas otras ocasiones de nuestra historia, el inicio de un proceso de modernización del país se viera violentamente interrumpido

en un sentido involucionista, no es menos cierto que el mantenimiento en sordina de la tan necesaria como justa recuperación de la memoria democrática por parte de los Gobiernos de Felipe González fue un error como los propios hechos se encargaron de poner de manifiesto y él mismo acabó públicamente por reconocer (González/Cebrián 2001: 35). Y el que fuera su mano derecha durante los Gobiernos socialistas, Alfonso Guerra, participa exactamente de la misma opinión cuando dice:

La transición establece que no haya una exigencia penal ni política del pasado. Yo creo que hay un hueco ahí, que no se cerró bien, se debió haber hecho el proceso político al franquismo. No haber hecho el proceso político ha dejado una sensación de olvido, de acuerdo de silencio, que no se dio, aunque algunos se empeñen en que se dio (Sotillos 2005: 32).

Es decir, no hubo silencio historiográfico (no hubiera sido posible imponerlo) pero sí dejación política del Gobierno y del Estado para con la memoria democrática. Por consiguiente, la transición política fue modélica para la mayoría, a pesar de sus inevitables concesiones, y no tan modélica desde la perspectiva de la cultura política democrática. Quizás, habida cuenta de que una vez establecida la sacralización de la transición cualquier mínima crítica en cualquiera de sus múltiples aspectos suscita inmediatas descalificaciones o menosprecios intelectuales, habría que hacer el esfuerzo de distinguir dentro del sector crítico entre qué se critica y a quiénes, para evitar la simpleza de meterlo todo en el mismo saco y desechar a cualquier crítico so capa de radicalismo político o de ignorancia manifiesta.

Hay siempre un cierto peligro intelectual en el ejercicio de la crítica cultural consistente en tratar de homogeneizar la cultura destruyendo o anulando la específica de cada grupo discrepante (nunca la de vencedores y vencidos y sus herederos ideológicos podrá ser equiparable), tratar de reafirmar ortodoxias más o menos establecidas rechazando cualquier hipotético nuevo enfoque (siempre heterodoxo), tratar de nivelar los productos culturales superiores, complejos de por sí, con los de la cultura de masas más elemental (historiografía y memoria colectiva), tratar de que se acepten pasivamente determinados planteamientos ideológicos rechazando toda postura crítica que los cuestione (historia oficial frente a historias reales), tratar de entorpecer o diluir la conciencia histórica del pasado suministrando una inmensa cantidad de información

sobre el presente. Es decir, se tiende consciente o inconscientemente a reafirmar modelos más o menos oficiales fijados en nuestra memoria con lo que se condicionan necesariamente comportamientos pasivos y actitudes conformistas<sup>9</sup>.

Quizás, más que entre «apocalípticos» e «integrados», cabría distinguir en este caso entre «recuperables» e «irrecuperables», por acudir a la siempre deliciosa terminología franquista, según que sean vistos los críticos desde la perspectiva de la *doxa* analítica más o menos oficialmente establecida sobre la transición o se consideren, definitivamente, perdidos para la causa de la verdad oficial. Excluidas las posiciones ideológicas más radicales, la cuestión, el núcleo duro del asunto, parece reducirse a considerar que hubo «excesivas» o apenas «algunas» renunciaciones más o menos inevitables que lastraron el propio proceso de transición.

¿Fue realmente así? Dentro del grupo de damnificados es justo resaltar a aquellos que sufrieron persecución por defender las mismas ideas que, una vez constitucionalmente aceptadas y mayoritariamente asumidas, ni siquiera merecían el público reconocimiento de las autoridades gubernamentales. La verdad es que a las víctimas del franquismo y a los herederos de su memoria no se les ha empezado a prestar socialmente la atención merecida hasta hace muy poco tiempo. Si comparamos lo que hacen en Rusia, en Alemania, en Francia o en Italia con sus combatientes antifascistas, en cuanto a reconocimiento político y consideraciones sociales, y lo que en España se ha hecho al respecto con sus equivalentes antifranquistas, la conclusión nos remite inevitablemente a los «campos de soledad, mustio collado» machadianos.

Naturalmente somos plenamente conscientes de que no pueden establecerse paralelismos excesivos entre España y el resto de países totalitarios puesto que la derrota del fascismo en Europa tuvo lugar en 1945 como consecuencia de una guerra mundial y, en España, tal proceso rupturista tarda en iniciarse 30 años más, y lo hace pacífica y consensuadamente por la vía reformista y no como consecuencia de una guerra sino gracias a la decrepitud, enfermedad y muerte del dictador Franco. Muerte tan prolongada e inacabable como la misma dictadura que implantó y supo mantener hasta el último segundo y uno más de

<sup>9</sup> Véase sobre el ejercicio de la crítica en la sociedad de masas el brillante estudio de Umberto Eco (1977).



su existencia. De hecho, la oposición democrática a la dictadura no fue capaz de unirse en un programa de acción conjunta hasta pasados unos meses de haberse producido el óbito del general superlativo, cuya hora de muerte fue también falseada un par de horas, no se sabe muy bien por qué, como no fuera por la inercia del régimen a mentir por sistema y ver si su creador y garante era capaz, una vez más, de resucitar como tras la tromboflebitis del verano de 1974.

Tras su desaparición, la sociedad española estaba madura para la democracia en la medida que había podido madurar. El miedo a incurrir en los mismos errores del pasado fue el factor fundamental que paralizó y moderó al mismo tiempo a los españoles en su camino hacia la libertad y la democracia.

Ha habido en los últimos años una tendencia generalizada a la sacralización del proceso de transición a la democracia, por lo que no es fácil resaltar algunas de sus carencias e insuficiencias sin correr el riesgo de ser considerado, en el más benévolo de los casos, como «políticamente incorrecto». Se ha escrito sobre ella abundantemente, y también se ha polemizado sobre algunos de sus aspectos más negativos, como todo lo que se refiere a la herencia franquista, como puede comprobarse a título indicativo a través de las opiniones enfrentadas del politólogo Vicenç Navarro y el recientemente malogrado historiador Javier Tusell, lo que ha propiciado una serie de interpretaciones que han venido a enriquecer considerablemente la literatura sobre la materia si bien con resultados aún confusos<sup>10</sup>.

En los ámbitos académicos y periodísticos parece haber una tendencia irrefrenable a la conceptualización y a las tipologías, lo que está muy bien si nos atenemos al viejo apotegma: *Omnis definitio periculo-*

<sup>10</sup> Véase Navarro (2000 y 2001), Tusell (2001), Navarro (2002<sup>a</sup>). El artículo de Santos Juliá (1996) provocó en cierto modo el origen de la controversia sobre cuyo planteamiento general no ha dejado de insistir (Juliá 2002). Vicenç Navarro, en su libro *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país* (2002<sup>b</sup>), dedicaba un amplio capítulo, «El Franquismo y la transición incompleta» (pp. 179-214), a sistematizar estas cuestiones consideradas en su conjunto como las raíces de nuestro déficit democrático y social; Navarro volvería sobre el tema en la prensa (2003). Otro artículo de Santos Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición» (2003) al que se adhirió Javier Tusell (2003), pretendía dar por concluido un debate que, sin embargo, lo reavivó y, lógicamente, aún habrá de colear pues no parece que se haya avanzado mucho hacia un mínimo consenso general y, al menos a nosotros, nos empieza a dar la sensación de obtener muy poca agua a pesar de estar todos dando siempre vueltas a la noria.

sa, por más que el saludable escepticismo que transmite seamos capaces de transformarlo positivamente (Cerroni 1992: 14). Toda definición es siempre imprecisa y simplificadora, y toda tipología resulta reduccionista e incompleta. El ánimo clasificatorio debe someterse también a ciertas reglas y mantenerse dentro de ciertos límites para no incurrir en ese afán tan humano, no sé si obligatoriamente académico, de diseccionar y poner etiquetas a todo el mundo, afición a mi entender más propia de la Entomología que de las Ciencias Sociales. Por ejemplo, dentro de determinadas interpretaciones sobre la transición que puedan ser más o menos coincidentes en sus aspectos generales, más que distinguir entre buenos y malos hermeneutas de la misma, como tendieron a hacer Javier Tusell y seguidores en función de que se participe plenamente de su interpretación o no se asuma plenamente y sin restricciones. En el primer caso, el criticado merecía la calificación de académico; en el segundo, no.

Metidos en arenas tipológicas y conceptuales siempre movedizas con voluntad teórica, habría que someterse a supuestos más inequívocamente empíricos y menos ideológicos y formalistas.

### **Pactos, miedos y olvidos.**

Se afirma con convicción que no hubo «pacto de silencio» sobre el pasado, y que sería más propio de algunas mentes calenturientas sostener que sí lo hubo. Evidentemente las cosas son siempre «relativas» con permiso de Ratzinger o de Benedicto XVI. Tampoco se firmó pacto alguno en El Pardo tras la muerte de Alfonso XII entre Cánovas y Sagasta para sucederse en el poder, y de hecho no sólo hubo «turnismo», sino que dicho pacto ya venía funcionando desde 1881. Así que habrá que colegir que esto de los pactos es como las brujas, que no existen pero, haberlas, haylas sin necesidad de que el correspondiente notario de fe de su existencia.

Se puede defender su existencia, y por supuesto su inexistencia, sin por ello merecer la consideración de estrábico. Puestos al etiquetaje (¿político o historiográfico?) sería más ilustrativo distinguir entre aquellos a quienes el silencio o pacto sobre el pasado (Guerra Civil y franquismo) les pareció «políticamente» estupendo en 1975 (no estaba el horno para bollos), y les siguió pareciendo estupendo a lo largo del período 1982-1993 (había que conservar a cualquier precio el centro

político ganado electoralmente) y aquellos otros a los que ni entonces ni después se lo pareció. La recuperación de la memoria democrática (*peccata minuta* al parecer) puede aún seguir esperando ante las imperativas contingencias de la política.

Salvo lo que el sentido común de cada uno dictara, ¿qué había que entender por no hacer un uso partidista del pasado o no remover o atizar las brasas de un fuego más o menos extinto? ¿Dónde empieza y acaba el estudio, la investigación y la publicación y divulgación de ese pasado sin que nadie se sienta molesto? ¿Dónde empieza y acaba la molestia? ¿En el mero hecho de abrir los archivos, de investigar y publicar, de publicitar los resultados? ¿Cómo, cuándo y hasta dónde? El sentido común y la paciencia funcionaron bastante bien hasta 1993. ¿Qué empezó a pasar a partir de entonces?

Pasó que, ante el riesgo de perder las elecciones, se abrió la veda al partidismo y al sectarismo y al uso indecente del pasado, y al PSOE, mudo hasta entonces en la materia, le pareció políticamente justificado sacar la Guerra Civil y el franquismo a la campaña electoral («París bien vale una misa») aunque fuera a costa de servirse de fieros dóberman dispuestos a destrozar a su presa asociados a la derecha, como a su vez al PP le había parecido legítimo levantar las alfombras de la razón de Estado y romper el pacto antiterrorista para desgastar a González («¡váyase señor González!») y obtener así ventajas políticas imposibles de obtener de otro modo vía electoral. Al parecer, lo que los políticos no paraban de recomendar a la sociedad civil (moderación, serenidad, mesura, equilibrio) era bueno para los ciudadanos, pero no para ellos con vistas a la conquista o conservación del poder a costa de lo que fuera dentro de la peor lógica política de que el fin justifica los medios.

Dentro de ese contexto nunca faltaron ilusos (al margen de las eternas razones de alta política y baja razón de Estado) a los que nunca les pareció de recibo, entonces ni después, ni nunca, los silencios y los olvidos de Estado en materia de políticas de la memoria y, concretamente, de la recuperación y enseñanza de la memoria democrática en escuelas, institutos y universidades. Las razones, *sotto voce*, fueron siempre las mismas y las excusas sobre la inoportunidad de activar tales políticas, nos sonaba muy parecido a aquella cantinela franquista de que el pueblo no estaba nunca suficientemente preparado para la democracia. Al parecer algunos «viejos cuentos franquistas» se han incorporado sin mayores dificultades al acerbo ideológico y cultural postdemocrático.

El sufrido pueblo español, los legítimos reivindicadores de la memoria histórica, de la memoria democrática, nunca están suficientemente preparados para nada a diferencia de esos políticos o tertulianos compulsivos con derecho de pernada para incumplir sus propios pactos o capaces de hablar en cualquier momento y lugar de todo lo divino y lo humano con el mayor de los derechos y los más sólidos fundamentos.

La funcionalidad o disfuncionalidad de hablar o callar, la oportunidad o inoportunidad «política» de hacerlo, y en qué grado, sería en cualquier caso una opción «política» (ideológica), pero nunca una opción intelectual o científica digna de tal nombre aunque, paradójicamente, sea desde esta única perspectiva desde la que en algunos casos destacados se pretende hablar. Hubo muchos intelectuales, profesores, historiadores entonces que, por las razones que sean, callaron o apelaron al silencio o, por el contrario, consideran que fue inexistente entonces, dicho silencio o semejante pacto, o que, en cualquier caso no había que enredar con asuntos de poca monta, y que ahora ya les parece justo y oportuno —o no— hablar y escribir sobre el asunto según convenga.

El hecho insólito de que bajo un Gobierno de mayoría parlamentaria absoluta del PSOE la extrema derecha española se dedicara a crucificar sistemáticamente día tras día a algunos esforzados argonautas de la memoria histórica les dejaba indiferentes no sólo a la izquierda «progre» de toda la vida y a los demócratas más o menos sobrevenidos, si no a algún que otro reconocido «centrista» con no menor pedigrí historiográfico<sup>11</sup>. Que en media España (la gobernada por el PP) se siguieran manteniendo en el callejero calles y avenidas denominadas del generalísimo Franco o del general Mola, o de los mártires de esto o de lo otro, tampoco hería sensibilidad alguna mientras en el Vaticano se canonizaban a unos mártires y en España se relegaba la memoria de los otros. Que las escavadoras de las constructoras arrasasen importantes lugares de memoria (incluso con Gobiernos municipales de izquierdas) en nombre del desarrollo económico (urbanizaciones de lujo para «vencedores») o

<sup>11</sup> Me refiero a la serie de TVE *España en guerra, 1936-1939*, emitida a lo largo de 1987 y que suscitó virulentos ataques desde la prensa de extrema derecha (*El Alcázar* y *El Imparcial*), conservadora (*ABC* y *Ya*) y próxima al régimen anterior (*Pueblo* y cadena del Movimiento) sin que suscitase un natural movimiento de defensa de la prensa constitucional y democrática. Salvo un breve editorial de *El País* y una columna de Eduardo Haro Tecglen, todo lo demás fue silencio. Un silencio verdaderamente injusto e hiriente.

mantuviesen y mantengan bien enhiestos otros edificios y símbolos de muy distinto significado con cargo al erario público, tampoco importaba demasiado ni hería sensibilidades de algún que otro ciudadano reguñón, vejete memorioso, joven airado o simplemente conspicuo «perdedor» dispuesto siempre a perdonar, pero nunca a olvidar.

¿Quién, cómo, cuándo y para qué, se determina lo que es políticamente oportuno o inoportuno recordar y olvidar? ¿Quién dictamina lo que es funcional o disfuncional, integrador o desintegrador para una determinada comunidad política? ¿Cómo se decide lo que hay que conservar y lo que no, lo que hay que rememorar y aquello sobre lo que conviene correr un tupido velo?

¿Se habría roto alguna vez en España el silencio ensordecedor y el ominoso olvido de tanto horror malenterrado y tanta sangrante injusticia sin los casos Pinochet y Milošević que contribuyeron indirectamente a remover alguna acomodaticia conciencia? ¿Sin la petición de las mismísimas Naciones Unidas mediante se habría movido ficha? ¿Sin el clamor popular alcanzado a raíz del inicio de exhumaciones de víctimas de la represión que, en los inicios del nuevo milenio empezaron a producirse, se habría empezado a hablar desde determinadas e importantes tribunas de opinión? ¿Estaríamos donde estamos sin la insistencia ejemplar, firmemente mantenida año tras año, de asociaciones civiles de todo tipo al respecto y de algún que otro esforzado historiador no precisamente vinculado a la universidad, a los institutos superiores de investigación y a la Academia?

A nuestro juicio, y sin necesidad de tener que apelar previamente a nuestra consideración personal que, como historiador y como persona le teníamos, Javier Tusell, uno de nuestros historiadores contemporaneístas más destacados y que no hurtó nunca el cuerpo a cualquier polémica, no entró en demasiados matices a la hora de calibrar el estado de la cuestión en torno a la bibliografía sobre la transición. Para él y otros que le secundaban, las versiones revisionistas negativas de la transición (sin aclarar demasiado en qué aspectos) se situaban en principio en su práctica totalidad fuera del ámbito académico, con las excepciones de Vicenç Navarro y José Vidal Beneyto. Sin embargo, se olvidaba de otros muchos autores como Rafael del Águila y Ricardo Montoro, para quienes

el consenso no fue un argumento de diálogo y comunicación, sino justamente lo contrario: un *argumento silenciador*. De hecho, lo que parece

reflejarse en el talante consensual de algunas argumentaciones es que guardar silencio era la única vía de solución de ciertos problemas que, por lo demás, no convenía airear demasiado (Águila/Montoro 1984: 132).

Otros autores como Elías Díaz (1987) no han dejado de manifestar públicamente su desacuerdo con los silencios que la transición impuso respecto a la memoria democrática. Por su parte, Josep M. Colomer, autor de uno de los más sugerentes libros sobre la transición que se han escrito, concluye su estudio considerando que las «virtudes de la transición se han convertido en vicios de la democracia» (Colomer 1998: 181). Tusell considera que tanto Navarro como Vidal están insuficientemente informados sobre el estado de los estudios sobre la transición, que ya empiezan a ser prácticamente inabarcables, por lo que sus opiniones estarían alejadas de la realidad<sup>12</sup>. Muchos otros autores reconocidos, como Paul Preston y Walther Bernecker, de cuya valoración positiva sobre el proceso de transición, al igual que los anteriormente citados, no puede dudarse, no han dejado por ello de aludir a las consecuencias negativas que han producido el olvido y pacto de silencio refiriéndose, el primero, al «miedo a una nueva guerra civil» (Preston 1997), y el segundo al «pacto de honor» y a la «amnesia colectiva» practicados durante la transición (Bernecker 1994: 67 y 71).

Hay otros autores académicos que han hecho aportaciones de mérito al conocimiento de la transición que, quizás, ignoraba Tusell y quienes con él coinciden, como el politólogo Pablo Oñate Rubalcaba que ha investigado directamente el asunto (Oñate Rubalcaba 1998). De las otras versiones críticas apenas consideraba digna de mención (negativa) la de Pablo Castellano (2001) aunque hay otras aportaciones que no pueden

<sup>12</sup> Son muchos los intelectuales con visiones muy críticas acerca del tratamiento dado al franquismo durante la transición o, simplemente, ofrecen distintas interpretaciones a las defendidas por Javier Tusell, Santos Juliá o Juan Pablo Fusi (que se declaran coincidentes entre sí) y, por tanto, cabe suponer que también considerados «alejados de la realidad». Aparte de los citados José Vidal Beneyto y Vicenç Navarro, cabe mencionar a los «no académicos» Jorge Semprún, Nicolás Sartorius, Javier Alfaya, Juan Goytisolo, Reyes Mate, Josep Ramoneda, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, etc., cuyo criterio al respecto es cualquier cosa menos desdeñable o «no académico» sino todo lo contrario, dada su más que relevante talla intelectual. Incluso el ex presidente del Gobierno, Felipe González, ha reconocido públicamente haber sido excesivamente cauto en esta cuestión mostrando su arrepentimiento por no haber propiciado un debate nacional sobre el pasado durante su etapa como máximo responsable político del país (González/Cebrián 2001: 34-39).

ser desdeñables a priori sin un mínimo análisis (Pons Prades 1987) o que abundan en el sentido apuntado (Bedmar 2003 y Silva *et al.* 2004).

Las versiones más extendidas de la transición la consideran como un cambio político «ejemplar» y «modélica» en cuanto a los medios empleados para tal fin, y disponen de numerosos defensores académicos y de notables altavoces periodísticos –muchas veces los mismos– para su práctica sacralización, a diferencia de las versiones más prosaicas (excluidas las maximalistas) que, aún reconociendo sus numerosas luces, tratan de destacar también algunas sombras, a veces inevitables, que a su juicio cabe señalar y que no encuentran tanto espacio en los medios más o menos especializados de la prensa.

La primera opción consideraría grosso modo que no hubo pacto alguno de silencio sobre el pasado, como lo mostraría la abundante literatura historiográfica sobre la materia. La segunda considera que sí que lo ha habido, como pone de manifiesto el clamor de los pocos supervivientes de la represión de cuyas voces contenidas se han hecho eco asociaciones como la de Familiares Represaliados por el Franquismo, la de Archivo, Guerra y Exilio, la de la Recuperación de la Memoria Histórica y muchísimas más, que si finalmente han empezado a ser escuchadas fuera de su restringido ámbito de influencia ha sido porque incluso periódicos tan influyentes como *The New York Times* no entendían que no se atendieran las justas peticiones de los familiares de las víctimas de la represión franquista. Estos planteamientos tratan fundamentalmente de diferenciar entre historia y memoria poniendo el énfasis en la necesidad imperiosa de reparar tanta injusticia y olvido como el que les ha correspondido a los vencidos y a sus herederos<sup>13</sup>.

A nuestro juicio es evidente que el consenso imperante durante todo el proceso de transición coadyuvó por activa y por pasiva a la marginación de la memoria democrática o a mantenerla en suspenso a la espera de mejores tiempos o de que simplemente fuera acumulando sobre sí el polvo del olvido hasta su definitiva consunción. Ciertamente el miedo y el olvido desempeñaron un importante papel en la transición española a la democracia que hizo posible la tan alabada vía pacífica a la democracia que entonces se emprendió. En aras del ansiado «cambio», consistente en liquidar la dictadura e implantar un régimen democráti-

<sup>13</sup> Véanse en este sentido Moreno (2003), Reig Tapia (2003) y Espinosa Maestre (2003).

co, no se dudó en instrumentalizar el deseo de reconciliación argumentando en el sentido de que no podía exigirse ni reclamarse justicia ni verdadera compensación moral en nombre de la paz y de la convivencia democrática. Tal deseo de reconciliación latía en lo más profundo de los españoles, pero se insistía en la conveniencia del silencio que, en el fondo, a todos convenía, pues todos tenían algo que ocultar que mejor era olvidar. Pero el discurso del poder parecía considerar apenas con semejante argumento a los victimarios y no a las víctimas que es para las que se reclama justicia, y no para sus asesinos amnistiados todos en ambas direcciones.

### **Una cultura política de la memoria para el futuro**

Nos sigue pareciendo de una gran importancia tratar de deslindar al máximo las fronteras entre la historia y la memoria si es que verdaderamente estamos hablando de cosas distintas pues, creemos que muchas de las disputas y polémicas vienen precisamente de la confusión existente entre ambas.

A nuestro juicio constituye un *wishful thinking* la pretensión de blindar los acuerdos de la transición. No ya en materia política, que tampoco sería posible, sino en todo lo que atañe a la memoria histórica. El «acuerdo con el pasado» es una expresión equívoca pues, si por tal ha de entenderse la noble voluntad de concordia entre todos los demócratas y, en consecuencia, no arrojar a la cara los crímenes y barbaridades mutuas de la Guerra Civil, creemos que el acuerdo no es sólo unánime ahora, como antes, sino que ha de seguir siéndolo. Pero, es inútil y por completo ajeno a la condición humana, dejar fuera de la historia la inevitable justicia y reparación de las víctimas. En ese proceso, habrá tensiones y discusiones inevitables, pero no hay otro camino. Otra cosa es el intento de permanente politización que de tan noble propósito pretenden algunos pero, lamentablemente, es también inevitable. Es tarea inútil poner puertas al campo y pretender arrojar por la puerta los prejuicios pues, como advirtiera Boileau, volverán a entrar por la ventana. Los abuelos callaron por miedo, los padres por razones políticas y, ahora, son los nietos (véase el esclarecedor caso de Emilio Silva o del mismo José Luis Rodríguez Zapatero) los que reclaman, con todo su derecho, o se aprestan a reparar una injusticia, de acuerdo con la lógica política democrática más elemental. El asunto puede convertirse en una



bola de nieve que irá creciendo cuanto más se trate de ignorarla o de desviarla. La única manera correcta de actuar es encauzar el proceso desde la racionalidad y la lógica de la justicia.

Hay un evidente agravio comparativo y una manifiesta injusticia respecto a los vencidos de la Guerra Civil y las víctimas del franquismo y sus herederos en comparación con los vencedores de la contienda, sus víctimas (ex cautivos, caballeros mutilados, etc.) y los beneficiarios del régimen anterior. Si tal agravio, discriminación o injusticia pudo entenderse en los complicados momentos de la transición, ahora ya no hay argumentos morales (políticos todos los que se quiera) capaces por sí mismos de impedir esa reparación. Y, la democracia es sobre todo una opción moral, algo que parece querer echarse al olvido.

A nuestro juicio se exageró el poder real del franquismo residual y la debilidad de la propia democracia. Se alimentó el miedo heredado de la dictadura en exceso apelando a un acomodamiento pragmático en nombre de la *Realpolitik*. Se insufló un temor permanente al riesgo de involución política recordando el trauma que supuso para todos la Guerra Civil. Y, como decimos, el intento de golpe de Estado del 23-F vino a reforzarlo. El coste político y cultural de tan importante renuncia salta a la vista: 1. ignorancia del pasado por parte de las nuevas generaciones que se ven influidas por una literatura propagandística falsamente historiográfica; 2. una evidente falta de formación cívica en valores democráticos con vistas a fortalecer una cultura política democrática; 3. una progresiva disolución del centro-derecha en favor de la derecha pura y dura; 4. un resurgimiento pujante de posiciones culturales e historiográficas neo-franquistas; y 5. una considerable radicalización política de cierta izquierda republicana que confunde su justa exigencia de reparación moral de sus víctimas con descalificaciones políticas a la actual Monarquía parlamentaria.

Politizar este asunto y pretender utilizarlo como ariete para desgastar a la Monarquía parlamentaria vigente, la institución mejor valorada por los españoles como ponen de manifiesto sistemáticamente las encuestas de opinión del CIS, y pensar en la Tercera República como nuevo bálsamo de Fierabrás sería, aparte de un auténtico despropósito de la razón, una manifiesta evidencia de ignorancia histórica.

El proceso de transición a la democracia estuvo presidido por una coacción permanente y una amenaza más o menos real hábilmente esgrimida por parte del sector reformista que infundía sobre la base de la

memoria de la Guerra Civil el temor a un posible nuevo enfrentamiento, lo que forzaba la búsqueda del consenso por parte de los líderes políticos. El miedo impuso unas determinadas condiciones que distorsionaban la comunicación e impedían un diálogo libre y sin limitaciones hasta las últimas consecuencias. «La elusión del disenso, en aras de evitar el conflicto, fue lo que presidió todo el proceso de transición a la democracia, más que el consenso [...] la forma ahogó el contenido» (Oñate Rubalcaba 1998: 276-277).

En definitiva, desde la perspectiva de la cultura política, la vía pacífica a la democracia resultó insuficiente, pues todo ese amplio, difuso y confuso conjunto de temores y prevenciones heredados de la dictadura y aceptados en nombre del consenso, permitieron que se instrumentalizara políticamente el deseo de reconciliación de los españoles sobre la base del miedo a que pudiéramos de nuevo abrir la senda de la guerra civil. Todo ese silencio inducido ha supuesto una considerable rémora para la propia funcionalidad del sistema político democrático y, ahora, se corre el riesgo de que resurjan convenientemente radicalizados y orientados hacia objetivos distintos a los justos y legítimos que originalmente se planteaban, sino se satisfacen y reconducen adecuadamente. Cuando el propio «pacto de silencio» fue roto hace ya más de una década por una simple decisión de estrategia política, ¿qué razones de peso podrían esgrimirse ahora para que los hijos y nietos de las víctimas no puedan enterrar dignamente a sus deudos? ¿Cómo podría impedirse tan legítimas pretensiones cuando el simple cambio generacional que se ha producido en la sociedad española lo hace ya por incompleto imparable? Es llegado inevitablemente el momento de unas adecuadas políticas de la memoria.

## Bibliografía

- ÁGUILA, Rafael del/MONTORO, Ricardo (1984): *El discurso político de la transición española*. Madrid: CIS/Siglo XXI.
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- BEDMAR, Arcángel (coord.) (2003): *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*. Lucena: Delegación de Publicaciones del Ayuntamiento de Lucena.
- BERNECKER, Walther L. (1994): «De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española y la guerra civil (1936/39 y 1986/89)», en: López-Casero, Francisco/Bernecker,

- Walther L./Waldmann, Peter, *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*. Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 67-71.
- BOTELLA, Joan (1997): «En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos», en: Del Castillo, Pilar/Crespo, Ismael (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- CASANOVA, Julián (coord.) (2002): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- CASTELLANO, Pablo (2001): *Por Dios, por la patria y el Rey. Una visión crítica de la transición española*. Madrid: Temas de Hoy.
- CERRONI, Umberto (1992): *Política. Método, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías*. México: Siglo XXI.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS [CIS] (2000): *25 años después. Estudio n.º 2401*. Madrid: CIS.
- COLOMER, Josep María (1998): *La transición a la democracia: el modelo español*. Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ, Elías (1987): *La transición a la Democracia (Claves ideológicas, 1976-1986)*. Madrid: Eudema.
- ECO, Umberto (1977): *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- ESPINOSA MAESTRE, Francisco (2003): «Historia, Memoria, Olvido: la represión franquista», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 101-139.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.) (2000): *Franquismo. El juicio de la historia*. Madrid: Temas de Hoy.
- GONZÁLEZ, Felipe/CEBRIÁN, Juan Luis (2001): *El futuro no es lo que era. Una conversación*. Madrid: Aguilar.
- GRACIA GARCÍA, Jordi/RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (2001): *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Síntesis.
- IBÁRRURI, Dolores, et al. (1960): *Historia del Partido Comunista de España*. Paris: Eds. Sociales.
- JOVER ZAMORA, José María (dir.) (1996): *Historia de España Menéndez Pidal*. Tomo XLI. Raymond Carr (dir.), *La Época de Franco. I. Política, Ejército, Iglesia, Economía y Administración*. Madrid: Espasa Calpe.
- JULIÁ, Santos (1996): «Saturados de memoria», en: *El País*, 21 de julio, p. 18.
- (2002): «Acuerdo sobre el pasado», en: *El País Domingo*, 24 de noviembre, pp. 16-17.
- (2003): «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», en: *Claves* n.º 129, pp. 14-24.
- LIZCANO, Pablo (1981): *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Barcelona: Grijalbo.
- LÓPEZ PINA, Antonio/ARANGUREN, Enrique (1976): *La cultura política en la España de Franco*. Madrid: Taurus.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael (1982): *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. Madrid: CIS.

- (1987): «El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada», en: *Política y Sociedad. Homenaje a Francisco Murillo Ferrol*. Madrid: CIS/CEPC, pp. 1063-1072.
- MALEFAKIS, Edward (dir.) (1996): *La Guerra de España (1936-1939)*. Madrid: Taurus.
- MARAVALL, José María (1978): *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Madrid: Alfaguara.
- MOA, Pío (<sup>3a</sup>2004): *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- MORADIELLOS, Enrique (2000): *La España de Franco (1939-1975)*. *Política y sociedad*. Madrid: Síntesis.
- (2004): *1936. Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona: Península.
- MORENO, Francisco (2003): «La represión oculta. El gran tabú de la democracia», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 21-37.
- NAVARRO, Vicenç (2000): «La dictadura de Franco», en: *Claves* n.º 103, pp. 80-82.
- (2001): «Los costes de la desmemoria histórica», en: *El País*, 16 de junio, pp. 11-12.
- (2002<sup>a</sup>): «Ideología en el estudio del pasado», en: *Claves* n.º 120, pp. 81-82.
- (2002<sup>b</sup>): *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*. Barcelona: Anagrama.
- (2003): «Consecuencias de la transición inmodélica», en: *El País*, 8 de enero, pp. 11-12.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (2004): *Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- OÑATE RUBALCABA, Pablo (1998): *Consenso e ideología en la transición política española*. Prólogo de Francisco Murillo Ferrol. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- PASTOR, Manuel (coord.) (1994): *Fundamentos de Ciencia Política*. Madrid: McGraw-Hill.
- PONS PRADES, Eduardo (1987): *Crónica negra de la transición española (1976-1985)*. Barcelona: Plaza & Janés.
- PRESTON, Paul (1997): «Venganza y reconciliación: la Guerra Civil española y la memoria histórica», en: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Barcelona: Península.
- (2002): *Franco: Caudillo de España*. Traducción de Teresa Campodrón y Diana Falcón; revisión de Eva Rodríguez Halffiter. Barcelona: Grijalbo.
- RAMÍREZ, Manuel (1978): *España, 1939-1975. Régimen político e ideología*. Barcelona: Labor.
- REIG TAPIA, Alberto (<sup>2a</sup>1996): *Franco «caudillo»: mito y realidad*. Madrid: Tecnos.
- (<sup>2a</sup>2000): *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid: Alianza.
- (2003): «El recuerdo y el olvido: los lugares de memoria del franquismo», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 59-100.
- SEVILLANO CALERO, Francisco (2004): *Exterminio. El terror con Franco*. Madrid: Oberrón.

- SILVA, Emilio, *et al.* (coords.) (2004): *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*. Prólogo de Paul Preston. Valladolid: Ámbito.
- SOPENA MONSALVE, Andrés (1994): *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*. Prólogo de Gregorio Cámara Villar. Barcelona: Crítica.
- SOTILLOS, Eduardo (2005): «Entrevista con Alfonso Guerra», en *Temas para el debate* n.º 126, p. 32.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *et al.* (1985): *La Guerra Civil española 50 años después*. Barcelona: Labor.
- TUSELL, Javier (2001): «Por una historia revisionista de la transición», en *Claves* n.º 115, septiembre, pp. 11-21.
- (2003): «La reconciliación española», en *Claves* n.º 132, mayo, pp. 32-39.